

REGIONES RICAS, REGIONES POBRES

LA INDEFINICIÓN VALENCIANA

Collecció Descobrim, 4

Dirigida por Antonio Ariño

Joaquín Azagra

Regiones ricas, regiones pobres **La indefinición valenciana**



institutió
alfons el magnànim
centre valencià
d'estudis i d'investigació
València, 2019

© Joaquín Azagra Ros, 2019

© de la presente edición:

Institució Alfons el Magnànim -

Centre Valencià d'Estudis i d'Investigació

Corona, 36 — 46003 València

Tel.: +34 963 883 169

iam@alfonselmagnanim.com

www.alfonselmagnanim.net

Diseño de la cubierta: Eugenio Simó

Diseño de la colección: Jaume Ortola

ISBN: 978-84-7822-799-0

Depósito legal: V. 706-2019

Impresión: Set i Set Impressors (laPobla Llarga)

Índice

1. Introducción: persistencia y cambio en las estructuras productivas	11
La persistencia cuasi secular de un modelo	12
Europeos y autogobernados	19
Crecer en un contexto global	23
¿Hay una cuestión valenciana?	27
2. Europeización, modernización y cambio: 1986-2007	35
Territorio, población, estructuras productivas	35
Similitudes, diferencias y homogeneidades	40
Producir más, producir mejor y quizás producir distinto	55
Sector público: ¿instrumento para la convergencia?	66
Un crecimiento en claroscuro	73
3. Nuevos tiempos, nuevas gentes, ¿nuevas clases?	79
Geografía humana	81
Estratificación ocupacional y estructura de clases	85
Clases y renta: la desigualdad en el reparto	97
Nuevas gentes, nuevos problemas	105
4. Crisis global, singularidad regional	111
La llamada devaluación interna	114
Las estructuras productivas: corrección o reorientación	118
Cambios en la estratificación social	124
Cuando la desigualdad se convierte en problema	131
Redistribución en tiempos de crisis	137
La crisis ahonda problemas y plantea nuevos	140
5. Epílogo: ¿en tierra de nadie?	143
6. Bibliografía	153

Para Anaís, mi nieta. Porque habiendo llegado a entrever
retazos del siglo XIX en los ojos de mis abuelas, me provoca
gran ilusión pensar que en los suyos veo reflejos del XXII.

1. Introducción: persistencia y cambio en las estructuras productivas

Un tópico se define como una idea estereotipada y poco significativa, es decir simplificadora, cuando no deformadora de la realidad. Pero conviene no menospreciar su influencia. A veces impone su imagen a datos y estadísticas, llegando a configurar los perfiles con los que una sociedad se «imagina» a sí misma, o sea cómo construye un imaginario colectivo. Un caso que trasciende las fronteras regionales es el que coloca a la Comunitat Valenciana entre las más ricas de España. En su día se plasmó en la expresión del «Levante feliz». Hace bien poco, en los años del auge, la derecha autonómica reconstruyó el viejo imaginario, aunando rancias tradiciones con difusas ideas de progreso y modernidad, identificadas con grandes obras y eventos propagandísticos, fomento del turismo y desmesuras inmobiliarias. Presentó así «un modelo económico comprensible, reconocible por los ciudadanos y susceptible de conseguir adhesiones» (Alcaraz, 2009: 67) cuyo éxito se basó en alguna medida (hay muchos factores que escapan al propósito de estas líneas: cambios sociales o políticos, control de los medios, clientelismo, corrupción, etc.) en el arraigo de aquel viejo, casi secular tópico del «Levante feliz».

Decía antes que el imaginario se imponía al dato y así sucedió en esos años de crecimiento y euforia, pues mientras se hablaba del «poder valenciano» y se anunciaba una Florida «mediterránea», la Comunitat Valenciana iba rezagándose en el *ranking* de las regiones españolas en cuanto a su renta per cápita (en adelante, alternaré con p. c.). Se crecía, se creaba empleo y se atraía inmigrantes..., pero el PIB no aumentaba en la medida necesaria como para elevar la renta de las personas en análoga proporción. El desigual pero amplio reparto de la riqueza creada explica en parte la ceguera para advertir el declive relativo. Los beneficios

alcanzaron a clases medias y trabajadoras con notable amplitud, incluso a miles de inmigrantes (hasta un 16% de la población llegaron a ser) que en muchos casos ocuparon los trabajos peor pagados y tensionaron, a la baja, la renta p. c. Quedaban fuera de foco y no empañaban la imagen de un dinamismo económico tan real como desigual en el interior de la geografía, sociedad y economía valencianas y, comparativamente con otras regiones, menor. Así, en una fase de convergencia en renta de la mayor parte de las comunidades autónomas, la nuestra, que en cuanto al volumen de su PIB total era de las mayores, en términos relativos se alejó de las que ocupaban las primeras posiciones y se encontró entre las últimas. Que haya llegado a ser la duodécima es, para muchos, una sorpresa. Y lo es porque el viejo tópico huertano está más arraigado de lo que parece. ¿De dónde tal arraigo?

La persistencia cuasi secular de un modelo

Me permitiré una licencia, aún a riesgo de parecer irreverente a los herederos de la Ilustración, entre los que espero encontrarme. A mediados del siglo XIX, si en algún lugar de España se podía encontrar algo que recordase los sueños de los reformistas y agraristas ilustrados, habría que buscarlo por las comarcas litorales valencianas, con sus huertas en manos de pequeños propietarios o arrendatarios y con sus artesanías dispersas en los núcleos urbanos extendidos por gran parte del país. Ojo, sin ocultar para nada sus contradicciones internas, cuyo reflejo no sólo se confirma en la insurgencia permanente, los motines o los guerrilleros por la libertad, sino también, en sentido contrario, en las plataformas conservadoras propiciadas por la burguesía comercial y financiera (Campo, el gran exponente) que dieron soporte y escenario a los más importantes golpes de Estado decimonónicos: Elío, Narváez, Martínez Campos... y no aludiré a Miláns del Bosch, pues esa ya es otra historia.

Pero pese a esa conflictividad o precisamente por ella, pues las contradicciones no eran entre burguesía y proletariado, sino que partían en gran medida de la falta de integración de esa pequeña burguesía rural y urbana en el sistema liberal-conservador, el perfil de la sociedad

valenciana era original en la España del XIX. No tenía nada que ver con la industriosa Cataluña o con la que a finales de siglo se articularía en el País Vasco en torno a la siderometalurgia; tampoco se parecía a Madrid, cuya concentración de rentas por el efecto capitalidad la situaba en otro nivel. Pero su fisonomía y estructura productiva era distinta también respecto de casi todas las demás regiones españolas. Me explicaré.

Como he dicho, desde mediados del XIX, se desarrolló en la franja litoral valenciana (el interior siguió con su agricultura tradicional, con aislados núcleos fabriles, aunque también contribuyó a ampliar su orientación comercial vía extensión del viñedo) una suerte de «modelo económico» asentado sobre una agricultura de regadío, orientada al mercado y protagonizada por pequeños propietarios y arrendatarios, la cual generaba una demanda que hacía posible el crecimiento de artesanías locales y una red urbana de cierta entidad. Salvador Calatayud lo ha descrito y coloca, en el centro del modelo, las ventajas comparativas derivadas de la edafología (suelos fértiles, disponibilidad de agua, pues el 25% del área de cultivo era regadío, días de insolación...), de su situación geográfica, cuando el progreso europeo demandó una alimentación más diversificada (expansión del viñedo, de las legumbres y hortalizas, del arroz y más tarde del naranjo) y de una estructura de la propiedad que favoreció el cultivo intensivo por interés mutuo de los propios cultivadores, fuesen pequeños propietarios o arrendatarios y de grandes propietarios, que también los hubo aunque con latifundios dispersos, pocas veces con cultivo directo mediante asalariados, salvo en épocas en que hacían falta jornaleros, y más a menudo vía arrendamientos (Calatayud, 2011: 110-115).

La potencia de esta agricultura comercial, en el contexto de ese mencionado aumento del comercio europeo, fue motor de desarrollo al generar una demanda sobre las manufacturas y, por ende, impulsar el crecimiento de los núcleos urbanos. En efecto, se incentivó el desarrollo de una industria vinculada al propio crecimiento agrario y su comercialización (abonos químicos, insumos para el comercio, embalajes de cartón o madera, transformados metálicos...) al consumo interior (alimentación, textil, mueble, calzado...) o a la urbanización

(ladrillos, tejas, cerámica, más tarde cemento). Acabó así el siglo XIX con un modelo que daba la impresión de ser equilibrado económica y socialmente, por más que su misma singularidad provocaba constantes conflictos en una sociedad que, como he dicho, distaba mucho de haber resuelto la integración social y política de sectores mayoritarios, no sólo de clase obrera, sino de pequeña burguesía rural y urbana. No existía un «Levante feliz» pero algunos literatos, artistas e intelectuales de la Restauración lo quisieron ver en estas tierras. No está de más recordar los exuberantes paisajes de Blasco o los luminosos de Sorolla, cuya excelencia artística alimentó el tópico, pese al innegable contenido crítico de parte de su obra.

No obstante, era cierto que la industria y los servicios habían ganado espacio. Tanto que no pocos historiadores han reivindicado la importancia de la industria valenciana en las décadas interseculares, al calificar su continuidad como *fil industrial* (Lluch, 1976), destacarla entre las regiones españolas (Nadal, 1987) o haber estudiado el impulso adicional que supuso la I Guerra Mundial para prolongar y reforzar el proceso industrializador (Soler, 1984). Para entonces, contaba ya con industrias características de la II Revolución Industrial como los Altos Hornos de Vizcaya en Sagunto o la Valenciana de Cementos en Buñol y, al poco, en San Vicente del Raspeig. Un proceso cuya magnitud ha sido cuantificada mediante un índice ponderado de crecimiento industrial, desde 1860 a 1920. En él se muestra cómo «la industria valenciana presenta una tasa de crecimiento (2,83%) mayor que la española (2,33%)» (Martínez Galarra, 2009: 214).

Contrastaba este modelo con los de otras regiones. Con las ricas –Cataluña, País Vasco y Madrid, por ese orden– porque no alcanzaba ni su nivel ni sus formas en industria o en servicios, pero aún más con el resto, pues, con la excepción de Navarra, las superaba en renta per cápita en mayor proporción de lo que distaba de las más ricas. En 1930, era la cuarta región en PIB p. c. y se situaba 21,2 puntos por encima de la media nacional (100) que solo superaban las cinco citadas y Aragón, por muy poco, bien que ésta por su escasa entidad demográfica (Domínguez, 2002: 368).

Lo relevante, es que ese modelo se mantuviese vigente casi un siglo y que, con sus cambios, fuera la plataforma productiva sobre la que se produjo el crecimiento de los 60, la época del desarrollismo. Por el camino, había superado hasta una etapa tan hostil a una economía abierta como lo fue la autarquía, durante la cual la producción de naranja retrocedió a niveles de medio siglo atrás y la de arroz cayó casi a la mitad. Poco que decir de la industria, asateada por las restricciones energéticas, las carencias de tecnología, maquinaria o materias primas. No hará falta subrayar los despropósitos de aquella política que pretendía fijar los precios vía decretos y limitaba las transacciones a base de selectivas y arbitrarias licencias. El «estraperlo» no se daba sólo en los alimentos, también en la industria. La autarquía obstaculizó el desarrollo industrial de sectores en que se tenían ventajas comparativas al no poder importar materias primas e insumos no sustituibles. Como ocurrió asimismo en la agricultura comercial, falta de abonos químicos, insecticidas, piensos etc. A todo lo cual, se sumaban los problemas derivados de la política cambiaria que sobrevaluaba el valor oficial de la peseta y encarecía los precios de las exportaciones.

Así, no es extraño que, tras el Plan de Estabilización, confluyese una limitada apertura a la pujante Europa de la *golden age* con el fácil acceso a materias primas, el petróleo a bajos precios y el recurso a mano de obra barata, procedente de la inmigración interior valenciana, aragonesa, manchega o andaluza, para recuperar el potencial del modelo y diese lugar a un crecimiento que reconectaba al País Valenciano con su tradición manufacturera, el *fil industrial* que dijo Lluçh, antes citado. Ya sin la centralidad de la agricultura exportadora, pero con la naranja como protagonista –se habló de monocultivo– creció una industria multipolar y esparcida por comarcas de tradición manufacturera. No fue sólo la tradicional, aunque mayoritaria todavía, sino que se abrió a nuevas líneas productivas, incluso en algunos casos, a métodos fordistas y a grandes empresas nacionales y, ya al final del proceso, también extranjeras: Frudesa, Oscar Mayer, Unión Naval de Levante, Valenciana de Cementos, Elcano, Macosa, Fertiberia, la IV Planta de Sagunto y más adelante IBM, Ford o la BP Oil.

En no pocos sectores, se configuró un paisaje de complementariedad entre pequeñas, medianas y ya más tarde con la Ford, grandes empresas que «se acercó a los denominados distritos industriales italianos» (Vidal, 2005: 14). Lo cierto es que fraguó una industria en base al capital social que suponía la cercanía y la colaboración entre empresas de un mismo sector. Sencilla en su tecnología pero con un uso intensivo de mano de obra barata (alimentada por la fuerte inmigración de andaluces, manchegos y aragoneses) que servía, por ese orden, al mercado interior español en un 51%, el 29% al regional y en último lugar el 20% al exterior (Reig, 2002: 39). Una industria que llegó a suponer un tercio del empleo, que superó en valor de sus exportaciones a la naranja (eso sí, gracias a los automóviles de Ford) y resistió el empuje del sector turístico e inmobiliario –con sus desmanes medioambientales y paisajísticos– para completar una economía diversificada y, con matices, equilibrada.

Con todo, no conviene exagerar la dimensión del crecimiento en términos relativos. Porque toda España creció y se transformó. De hecho, la estructura productiva valenciana al final del período es muy similar a la media española. Y la renta p. c. también. Es un proceso de convergencia generalizado que recorta diferencias en términos relativos y absolutos, pues la economía valenciana presenta tasas de crecimiento inferiores a las de otras regiones más atrasadas. Un episodio de *catching up* como, por otra parte, sucedía con Europa respecto a Estados Unidos. Parte esencial del crecimiento radicaba en el factor trabajo y en un saldo migratorio positivo de casi medio millón de personas. Sin esa aportación no se entendería un aumento del PIB que fue posible por el flujo continuo de mano de obra barata. Eso sí, nuestra estructura económica se desagrarizó y mantuvo un buen nivel de especialización industrial. Siguió por encima de la media nacional en manufacturas, construcción y turismo. Si en 1960 todavía el 29% del PIB y el 42,5% del empleo correspondían a la agricultura, en 1975 bajaban al 9% y 17,9% respectivamente. Su espacio lo habían ganado la industria (32,5% del PIB, 33,1% del empleo), los servicios (50,5% y 39,8%) con los destinados al turismo en posición destacada y también, claro, la construcción (8% del PIB y 9,6% del empleo).

Así pues, a rebufo del auge europeo y en el contexto del «desarrollismo» hispano, Planes de Desarrollo incluidos, la Comunitat Valenciana creció, se transformó y se modernizó. Es más, continuó siendo una de las regiones más exportadoras, sobre todo en productos agrarios, naranjas y hortalizas, nada menos que el 40% del total español hacia los 70. El «desarrollismo» transformó toda la economía española, desplazando factores productivos y producción de unos sectores a otros. En concreto por lo que a los 60 se refiere, desde la agricultura (es el momento álgido del éxodo rural) a las manufacturas y los servicios. Ello supuso una reasignación de recursos que impulsó un proceso de convergencia regional y acabó limando diferencias en la renta per cápita de los españoles.

Hay una coincidencia general en aceptar que desde finales de los años 50 hubo un proceso de convergencia entre regiones. La «desagrarización», la extensión de la industria o los servicios y, sobre todo, las migraciones, redujeron la desigualdad interregional en términos de PIB per cápita. Digo sobre todo, porque los incrementos del PIB p. c. en las regiones de menor nivel de renta no siempre se produjeron porque su producto interior y su peso económico aumentasen tanto, sino por los trasvases de población, lo cual no es sinónimo de mayor bienestar. Es la época del «éxodo rural», de la despoblación de cientos de municipios, también de los valencianos en las comarcas interiores. De ahí que no sea contradictoria una convergencia en renta con una divergencia en producto o en población. Y que la renta p. c. valenciana pasase de significar el 116% de la media española en 1960, al 102% en 1973. En este caso, no hay duda de que si el saldo vegetativo fue importante, el migratorio aún más, lo cual supuso que pese al intenso crecimiento, el diferencial de renta p. c. con respecto a la media española descendiera. Pero no hay declive alguno en ello, sino convergencia y *catching-up*, o sea, aproximación de las regiones atrasadas a las avanzadas.

El robusto incremento poblacional resulta dirimente para explicar el descenso del diferencial respecto a otras regiones y, de paso, afianzar la imagen de un dinamismo económico en estas tierras. Sin embargo, cabe plantear si en esa disminución del diferencial hubo algo más, quizás un punto de inflexión en la historia de la economía valenciana, tal vez

una alteración en las que habían sido las bases del modelo productivo. Porque, de hecho, es cierto que ya antes de la crisis del petróleo de mediados de los 70, la economía valenciana daba señales de pérdida de dinamismo. Si no antes, desde luego sí con y tras la crisis.

En efecto, su manufactura, excesivamente vinculada a industrias de demanda débil, empezaba a quedar tecnológicamente obsoleta, justo cuando nos sobrepasaban competidores antes de parecido nivel, como el calzado o la cerámica italianos, cuyo diseño y calidad situaba a sus productos en mercados de gran poder adquisitivo. Y al poco tiempo, incluso frente a competidores insospechados (recuérdese a aquellos cuatro tigres o dragones asiáticos, por ejemplo) en productos del mismo tipo, con análoga tecnología cuando no mejor, pero con mano de obra aún más barata. En cuanto al sector agrícola, el regadío empezaba a compartir la disponibilidad de agua, por el aumento del consumo de ciudades, turismo e industria, en especial la hidroeléctrica. Pero, sobre todo, crecía la competencia en productos agrarios tanto desde el exterior como del interior murciano y andaluz. Por cierto, en el caso de los cítricos, parte de la competencia interior era generada por el propio capital valenciano invertido en esas regiones e incluso en el área magrebí (Sorní, 1976). Eran, a mayor abundamiento, años de carestía en las materias primas y desorden monetario, aunque lejos aún de las oportunas devaluaciones competitivas.

¿Hay que situar a mediados de los 70 el inicio del declive relativo? Me parece arriesgado hacerlo, pues la presencia de esos nuevos competidores con menores costes de producción y salariales, iría materializándose de modo paulatino y progresivo tras la crisis, en el inicio de la segunda globalización. Sí influiría, no obstante, en la pérdida de competitividad, el proceso inflacionista de los 70, agravado por la subida del precio de los crudos del petróleo pero subyacente desde antes. Pese a todo, la Comunitat Valenciana resistió la crisis algo mejor que el conjunto de España: el PIB creció un poco por encima de la media nacional y el paro se mantuvo ligeramente por debajo, bien que con un crecimiento igual de brusco.

Sin triunfalismos, pues con la crisis del petróleo no sólo hubo de asumirse la caída del turismo europeo, de la demanda de naranjas o el

retorno de tantos emigrantes y el cese de sus envíos de remesas como efecto de la profundidad de la crisis en Europa. Además, se reveló la obsolescencia del modelo al patentizarla en uno de sus aspectos más determinantes, el de la exportación. La llamada crisis del petróleo fue un hito en el proceso de desindustrialización en toda España y no fue la Comunitat Valenciana donde menos se acusara. Se coincide en que las industrias más afectadas en toda Europa fueron «la siderurgia integral, las navales, los transformados metálicos, el calzado, el textil» (Ramos, Robles, 2009: 505). De todas ellas, había aquí ejemplos. La reconversión de la siderurgia saguntina, el fracaso de la empresa pública de calzado de Vall d'Uixó, la caída de la Unión Naval, los problemas del textil o el azulejo y tantos otros casos ilustran el retroceso de un modelo que, reiteraré, estaba basado en mano de obra barata, tecnología sencilla, productividad baja y especialización en industrias maduras. Puede hablarse con propiedad, de un «empequeñecimiento» de la industria valenciana, en el contexto de un fenómeno generalizado en toda España.

Europeos y autogobernados

Es justo el momento de plantear si existe una «cuestión valenciana». Porque es a partir de los 80 cuando ese progresivo declive relativo de su economía se convierte en tendencia y no deja de ser extraño que ocurra coincidiendo con sendos fenómenos cuya incidencia no podría pensarse sino con una perspectiva halagüeña. De un lado, la inserción en los mercados internacionales a partir del ingreso en la CEE, cuando ya se habían decretado las oportunas devaluaciones, lo cual no podía sino beneficiar a una economía abierta; más cuando fue acompañada de sustanciales ayudas en fondos de cohesión e inversión en infraestructuras. De otro, un alto nivel de autogobierno con el despliegue del sistema autonómico, que permitió articular políticas propias en industria, empleo e infraestructuras y cuyos esfuerzos en esa línea (ejemplificados en las políticas de fomento de la innovación para las PYMES) fueron notables. A mayor abundamiento, en la segunda mitad de los

80, la región, en su condición de Objetivo n.º 1, empezó a beneficiarse de los fondos comunitarios, estructurales y de cohesión.

En conjunto, era un escenario favorable al menos *a priori*. Quizás las sombras provenían de la insuficiente financiación que el sistema autonómico ofrecía a la Comunitat Valenciana, lo que ralentizó el despliegue de algunos servicios básicos del Estado del Bienestar, como la sanidad, por ejemplo. Al estar basado el sistema de financiación en el gasto equivalente a los servicios públicos que el Estado prestaba con anterioridad y siendo estos más bien escasos en comparación con otras regiones, así fueron también los fondos que acompañaron a las transferencias de servicios, escasos en relación a las necesidades. Una cuestión que se arrastrará hasta la actualidad.

Otras comunidades también han sufrido vaivenes en el mismo proceso y no siempre han sido las peor dotadas. Cataluña o el País Vasco, por ejemplo, los han tenido. No eran ni son tiempos fáciles para economías con un alto grado de especialización productiva en el sector industrial porque les obliga a ganar en competitividad permanentemente. Sucedió ya en los 80 cuando todavía el valor añadido de las exportaciones partía de la producción nacional casi por entero, pero conforme la globalización ha ido desarrollándose y cambiando sus formas, las ventajas comparativas cada vez son más transnacionales y complejas. El *made in* no tiene un adjetivo local, ni siquiera único. Lo notaron Cataluña o el País Vasco, duramente afectados en sectores que les eran propios. Pero pocos casos fueron como el valenciano en cuanto a la magnitud de su retroceso en el *ranking* regional de PIB p. c.

En efecto, si se compara el *ranking* de las CC. AA. entre 1985 y 2007, se constata ese descenso ordinal de la Comunitat Valenciana, que pasa de ocupar la 8ª posición a la 12ª y a situarse cada vez por debajo de la media nacional. Un retroceso relativo sólo comparable al de Canarias, Murcia y, tal vez, Baleares, que también retrocede cuatro puestos pero que sigue por encima de la media nacional. Es cierto que son regiones con altas ganancias poblacionales, a las que aludiré después. Pero, sin negar la relación entre el aumento demográfico y el descenso del PIB p. c. lo cierto es que en 2007, vísperas de la crisis

y culminación de la larga etapa de crecimiento, la Comunitat Valenciana había sido superada por regiones como Cantabria, Castilla y León, Asturias; igualada por Aragón o Canarias; y alejada de las que ocupan los primeros puestos.

Véase, antes de seguir adelante, la tabla sobre la que basar la hipótesis. Su eje lo constituye la evolución relativa de nuestro PIB p. c. Dice poco del volumen total producido, de su distribución y nada del tipo de desarrollo. Pero es un indicador muy adecuado para ver el volumen de producto por persona que una economía es capaz de generar en cada momento. No olvidaré, sin embargo, que el total del PIB es un dato relevante ya que esta comunidad figura entre las primeras en ese aspecto. Así, los dos primeros datos son los respectivos porcentajes que la población y el PIB total aportan al conjunto nacional. Tras ellos, el porcentaje que supone la renta p. c. respecto a la media española, indicando la posición ordinal entre las 17 CC. AA. y la distancia en puntos porcentuales respecto a la de mayor renta (que es Madrid, en estos años, aunque a veces haya alternado con el País Vasco) y a la de menor, que siempre ha sido Extremadura. Los años se han elegido en función de los ciclos: el ingreso en la CEE y la recuperación de la segunda mitad de los 80, una fase que se interrumpe en 1993, la salida de la crisis del 93-94 que abre paso a la larga fase alcista hasta 2007, el primer impacto de la crisis de 2011 y el que podríamos considerar como el inicio de la actual recuperación, en 2016.

Tabla 1.1. Porcentaje PIB p. c. valenciano respecto a media española.

Años de referencia	1986	1996	2004	2007	2011	2016
% población CV/España	9,8	10,1	10,3	10,8	10,8	10,6
% PIB total CV/España	9,7	9,7	9,8	9,8	9,4	9,4
% PIB p. c. CV/España	98,2	95,2	93,4	90,2	87,9	88,8
Posición <i>ranking</i> regional	8. ^a	10. ^a	10. ^a	10. ^a	12. ^a	11. ^a
Distancia a CA más rica	33,7	35,5	35,8	39,4	47,6	47,7
Distancia a CA más pobre	36,9	31,1	30,8	20,9	18,4	20,5

Fuente: INE, CRE, años correspondientes. Cálculos PIB sobre precios corrientes.

Parece obligado iniciar el comentario al cuadro, observando que la Comunitat Valenciana a duras penas ha conseguido mantener su aportación porcentual al PIB total español. De hecho, ha retrocedido algunas décimas. Lo relevante radica en que eso ha sucedido con una mayor aportación poblacional: ocho décimas más. Resultado de un robusto aumento de 3,7 millones de habitantes a 4,9, un 32 % más cuando España pasaba de 38,5 a 45,2, o sea un 17,4 %, tendencia que se invirtió con la crisis. La población como pista: ¿hubiera sido posible mantener el nivel de PIB total sin la llegada masiva de inmigrantes desde finales del siglo xx? Porque ahí radica el hilo continuista de la economía valenciana, en el permanente recurso a la mano de obra poco cualificada y presumiblemente en oficios de baja productividad. Lo que en otros momentos no llegaba a ser un hándicap determinante porque el crecimiento total, aún con un reparto desigual, llegaba a amplias capas de la población e incluso atraía trabajadores foráneos, en épocas de incremento de la competitividad, se convierte en factor de atraso relativo.

En efecto, eso es lo que dan a entender el resto de datos del cuadro. Destaca la constante caída relativa del PIB p. c. valenciano en cada uno de esos momentos, aunque en el último dato pueda parecer que se frena el retroceso. Es prematuro afirmarlo, pues también se ha frenado el aumento poblacional, estancado el número de habitantes algo por debajo de los 5 millones, cifra que se superaba en 2008. Hasta 2016, el nivel de renta por persona ha mantenido un descenso relativo, cualquiera que fuera la fase del ciclo, lo cual no deja de sorprender, pues es lugar común considerar la economía valenciana como pro-cíclica. Hasta en la fase más alcista, con un innegable aumento global de la producción de bienes y servicios, el incremento del PIB p. c. ha sido menor que en la mayoría de las regiones, como muestra que cada vez ocupe una posición ordinal más atrasada y su diferencial con las comunidades más pobres, sea menor. Hoy por hoy, la Comunitat Valenciana «está cada vez más cerca de la España pobre y se aleja de esa España rica que se configura al sur de los Pirineos, pero cerca de Europa» (Tirado/Martínez Galarraga, 2016: s/p). La idea no es exagerada, pues pocas regiones han mantenido

esa deriva descendente en este largo período de crecimiento. Pero eso no quiere decir que sea irreversible.

Crecer en un contexto global

Si el declive relativo de la economía valenciana es anterior a la actual crisis y fue sostenido durante la fase alcista, desde 1996 hasta el inicio de la crisis en 2008, ¿cabía tanta euforia como manifestaba el Partido Popular hacia las actividades turística y constructora que alimentaron la burbuja inmobiliaria? Porque no es baladí recordar que a mediados de los 90, el PPCV accedió al gobierno del Consell de la Generalitat y dio un giro a las políticas económicas anteriores, más orientadas al apoyo tecnológico a las PYMES, optando por aprovechar los bajos tipos de interés existentes, para reorientar el exceso de liquidez, reforzado por el juego irresponsable de las Cajas de Ahorro, hacia el desarrollo turístico y su inseparable negocio inmobiliario

En parte, sí; sí había alguna base para esa euforia. No todo fue burbuja en aquellos años de plomo y corrupción, sino que hubo crecimiento real. Porque era cierto que, a poco más de tres décadas de que los valencianos recuperásemos el autogobierno, nuestra renta alcanzó a ser el 83 % de la media de la UE. Aunque algo había de espejismo estadístico –la UE se había ampliado a 28 miembros– la sensación de que estábamos en el selecto *club* de los países desarrollados, aunque fuese en su banda más baja, era generalizada y no debe extrañar que los gobiernos autonómicos del Partido Popular alimentaran esa percepción para justificar su opción por la construcción y el turismo. E, insisto, había base para ello pues, pese a la robusta ganancia poblacional señalada, no creció solo el PIB total, también el PIB p. c. En términos reales, es decir en moneda constante, creció un 70%. O, más significativo aún, indicadores de servicios básicos para la cohesión social muestran que nuestro Índice de Desarrollo Humano (media de bienestar material, sanidad y educación) avanzó del 0,846 al 0,938, valor que, desde luego, corresponde a niveles de países desarrollados. Un logro real, sin duda alguna.

Reiteraré un matiz dirimente en ese panorama: en que el PIB p. c. valenciano crecía ese 70 %, el español lo hacía un 86,3 % y el IDH pasaba de 0,852 al 0,950 (Herrero, Soler, Villar, 2010: 174 y 227). O sea, avanzábamos, pero menos que la media española y, sobre todo, menos que muchas CC. AA., pues sólo Canarias (un 55,9 %), Murcia (56,9 %) y Baleares (69,9 %) tuvieron una tasa de crecimiento menor a la valenciana. Recordemos que es la coyuntura alcista más sostenida de nuestra historia, pese a la interrupción que supuso la crisis del 93. Una crisis tan intensa como breve, salvada sin grave fractura social gracias al recién articulado sistema de protección social que pasó ahí su primera prueba. Porque hay que recordar que fue en la segunda mitad de los 80 cuando se completó el Estado del Bienestar en España. O sea que, aparte de la crisis, el período entre 1986 y 2007 es la época de nuestra integración en la CEE, de la consolidación de nuestro sistema de protección social o del despliegue del nuevo sistema autonómico. También y, por eso, claro, etapa clave en nuestro proceso de modernización.

Un apunte suplementario sobre la crisis del 93: la Comunitat Valenciana fue, con Madrid, País Vasco o Andalucía, de las más afectadas y, de hecho, en los 90 se prolongó el proceso de desindustrialización valenciano. Incluso en un aspecto tan característico de nuestra economía como es la exportación, se perdió protagonismo, pues, si en 1986 las exportaciones valencianas rozaban el 18 % del total nacional, en 1995 suponían el 14 % y en 2012 eran un 9,3 %. El deterioro del saldo exterior se mantuvo hasta que la crisis redujo la propensión y capacidad importadora, ya en 2011. La diferencia fue que Madrid o País Vasco se repusieron casi de inmediato y tuvieron un crecimiento destacado. ¿Qué pasaba? Pues que en el contexto del Tratado de Maastricht e inmersos ya en una fase renovada de globalización (en los 90, el salto de las TIC es decisivo y sus consecuencias sobre los procesos productivos aún más) hubo comunidades que se adaptaron pronto y bien, en tanto que otras no lo hicieron ni tan pronto ni tan bien.

Ese citado avance de las nuevas tecnologías fue clave para acentuar el proceso que iba limando nuestras ventajas comparativas. Desde mediados de los 80, el mercado interior era prioritario para las empresas, pues